

# DECIMO QUINTO TRATADO DE LA VIDA COMUN O CENOBITICA Balduino de Ford

## INTRODUCCION

*Tenemos ante nosotros el XV tratado de Balduino de Ford, que trata de la "vida común o cenobítica". En él el autor presenta una teoría propia sobre la vida común. Elaboró su teología principalmente a partir de tres textos escriturísticos:*

- Hch 4 32 "La multitud de los creyentes no tenía sino un solo corazón y una sola alma. Nadie llamaba suyo a sus bienes, sino que todo lo tenían en común".*
- Ef 4 3 "... poniendo empeño en conservar la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz".*
- 2 Co 13 13 "La gracia de nuestro Señor Jesucristo, la caridad de Dios (Padre) y la comunicación del Espíritu Santo, esté con ustedes".*

*El origen y ejemplaridad de la vida común es la vida apostólica de la primitiva Iglesia. Pero Balduino, tanto para el origen como para el ejemplo de esta vida, mira más alto y como ejemplaridad pone la comunidad de los Ángeles y como origen fontal, también con su ejemplaridad, la Vida Trinitaria. Pasa a describir la teología de esta Vida Trinitaria afirmando que:*

*"Dios no es un Dios aislado o solitario, porque Dios es Uno y Trinó".*

*"No convenía que Dios fuese solitario, no convenía a su dignidad no tener compañero para compartir su gloria y su vida bienaventurada".*

Bajo tres aspectos, el tratado desarrolla el tema de la comunidad:

- 1) La Comunidad de naturaleza, a la cual se le añade la comunidad de pecado.
- 2) La Comunidad de gracia, donde se trata de la vida comunitaria de todos los cristianos y la vida común de los consagrados (monjes).
- 3) La Comunidad de gloria.

Entre otras ideas claves, que se ven a través del tratado, están éstas:

"En cuanto al deseo de la propia caridad es: el amor de la comunión y la comunión del amor. Pues si una de las dos faltare, la caridad no sería toda-  
via feliz... Si hay comunidad de bienes y no comunidad de amor, la caridad  
carece de algo y viceversa".

Se insiste en que el amor debe ser mutuo y perseverante: "La caridad  
mutua es común y no está privada de la comunión del amor... Pues si te amo  
sin que tú me ames, o bien si me amas sin que yo te ame, no hay todavía cari-  
dad mutua, pues ya la mía, ya la tuya no existe. La caridad mutua debe ser  
también continua, de otro modo no existiría el vínculo de la paz, ni el nexo  
del amor".

Podríamos decir que las categorías que usa Elredo, otro autor cister-  
ciense contemporáneo de Balduino, para la "amistad espiritual", nuestro autor  
las usa para la vida comunitaria.

Si bien nos encontramos con un tratado, escrito por un monje del s.  
XII, tiene expresiones y afirmaciones que lo hacen muy actual. Cuando ha-  
bla de la "comunidad de naturaleza" dice: "Todavía no sabe amarse a sí mis-  
mo, quien presume desdeñar en otro la naturaleza que le es común con él,  
y menoscaba su condición el que no reconoce su derecho en la imagen de Dios.  
Y viola el derecho de la sociedad humana el que no honra en el prójimo la  
comunidad de naturaleza".

No menos digno de apreciar es la razón que da del porqué el Señor nos  
dice: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo". "Porque la fe nos dice que es  
eso lo que hace Dios: ama a aquél que es consustancial y que es partícipe de  
su naturaleza; por eso Dios dice: 'Haz tu también lo mismo', ama al partícipe  
de tu naturaleza, al futuro partícipe de la gloria, que se te ha prometido. Ama a  
tu naturaleza, ama lo que eres de nacimiento, pero no te ames sin amar en los  
otros la naturaleza que tienes en ti".

Quando se habla de "comunidad de gracia", en la cual el hombre ya se  
ha liberado del pecado, de la cólera, pone como ejemplo el cuerpo humano y  
describe gráficamente cómo cada miembro distinto, vivificado por una sola  
alma, busca el bien de los demás.

Concluye el autor que así debe vivir una "comunidad de gracia" en el

amor y, más específicamente, la comunidad de los consagrados: “Un solo Espíritu de Dios nos vivificará a todos como si se tratara de un solo cuerpo, a fin de que ninguno de nosotros viva para sí sino para Dios; y a fin de que todos nosotros vivamos simultáneamente en la unidad del Espíritu”.

¿A dónde lleva este amor y esta unidad? a devolver a Dios en el prójimo los bienes que se nos dan: “Dios que no está necesitado de beneficios nos delegó, por así decir, a nuestros hermanos y prójimos, que están necesitados, para que reciban de nosotros en vez de él los beneficios que le debemos”.

Se puede ver lo actual de este tratado para nuestro tiempo imbuido de egoísmo, ambición y envidia, cuando leemos la doctrina que expone sobre la coparticipación de los bienes con que el Señor nos beneficia. Veamos algunas frases que nos animarán a leer y meditar el tratado que tenemos en nuestras manos: “La caridad no busca sus propios intereses, sino los de Cristo. Ama la comunión, no la propiedad sin la comunión... Pues el bien propio de cada uno arrastra al bien de la comunión, de modo que siendo uno el propietario de un don recibido, comparte el bien con otro para utilidad de éste”. “Y la comunicación del Espíritu Santo verdaderamente estará con nosotros cuando el don que es particular es dado a cada uno, es poseído en común mediante la comunión de amor”.

Cuando habla Balduino sobre la “comunidad de gloria” tiene una frase, que, si la viviéramos, cambiaríamos totalmente nuestra relación humana: “Pues la gracia es común, en cierto modo, al que la posee y al que no la posee, cuando el que la posee, la posee para el otro, porque la comunica; y quien no la posee, la posee en el otro, porque ama”. “Quién pone la gracia recibida de Dios al servicio, al provecho del prójimo, ése verdaderamente posee lo que recibió”.

Al final del tema sobre la “comunidad de gloria” se aprecia una hermosa visión de la comunión de los santos: “Nosotros esperamos ayudarnos recíprocamente ante Dios con mutuas oraciones y méritos mutuos; y con los méritos y oraciones de los santos a los que amamos y de los que deseamos ser amados. Si alguien debiera ser juzgado acerca de sus propios méritos, sin que los méritos ajenos pudieran favorecerlo mediante la comunión de la caridad ¿quién podría soportar el peso del juicio divino?”.

Termina Balduino su obra con esta síntesis: “Ciertamente por la comunión de la gracia comienza a ser reparada la comunión de la naturaleza; y es excluida la comunión de la culpa; pero por la comunión de la gloria, la comunión de la naturaleza será reparada perfectísimamente y será excluida en absoluto la comunión de la cólera, cuando Dios enjague toda lágrima de los ojos de los santos y entonces habrá como un solo corazón y una sola alma en todos los santos; todas las cosas les serán comunes, cuando Dios sea todo en todos”.

*La traducción ha sido hecha por las Monjas Benedictinas de Santa Escolástica, según el texto latino presentado por Robert Thomas, o.c.s.o. en Baudouin de Ford, Quinzieme Traité: "De la vie commune ou cenobitique", en "Pain de Citeaux", 40" Chimay (Belgique, 1975); pp. 15-91. Los subtítulos corresponden al original latino.*

Ntra. Sra. de los Angeles  
CC 34 - (7300) Azul (BA) - Argentina

Leandro PERÉZ, ocsó

## TEXT O

*"La gracia de nuestro Señor Jesucristo, la caridad de Dios, y la comunicación del Espíritu Santo, estén con todos vosotros"<sup>1</sup>.*

La institución de la vida común no está sostenida ni apuntalada por una pequeña, ligera ni mediocre autoridad. La Iglesia está fundada en la vida común primitiva; en la vida común nació la Iglesia y en ella comenzó su infancia. La vida común recibió de los mismos apóstoles el modelo de su profesión, el título de su honor, el privilegio de su dignidad, el testimonio de su autoridad, la protección que la hizo inatacable, el sostén de su esperanza.

Los apóstoles, "constituidos por Dios *principes sobre toda la tierra*<sup>2</sup>; *principes de los pueblos, reunidos con el Dios de Abraham; dioses fuertes de la tierra elevados sobremanera*<sup>3</sup>; *amigos de Dios, honrados en extremo, y en extremo consolidados en sus principados*<sup>4</sup>; dignatarios del cielo, jueces del mundo a quienes les fue hecha la promesa de que se sentarían *sobre doce tronos y juzgarían a las doce tribus de Israel*<sup>5</sup>; *Padres conscritos, a quienes se les dieron espadas en sus manos, para ejecutar venganza en las naciones y castigar a los pueblos; para encadenar los pies de sus reyes, aherrojando las manos de sus nobles con grillos de hierro, para ejecutar la sentencia dictada*<sup>6</sup>!

1. 2 Cor 13,13

2. Sal 44,17

3. Sal 46,10

4. Sal 138,12

5. Mt 19,28

6. Sal 149,6-9

Estos hombres eximios, tan poderosos, tan preclaros, revestidos con la fuerza de lo alto, recibieron la misión, por inspiración del Espíritu Santo de observar la vida común, la consolidaron con su ejemplo, la confirmaron con sus costumbres y nos la transmitieron para que la observáramos; a fin de que, estando en la tierra, por la semejanza de la vida común, comencemos a ser configurados a los ángeles de Dios, de los cuales debemos ser en la vida eterna los compañeros, los iguales y los semejantes. La vida común ha sido establecida según los modelos del cielo, ha sido trasladada del cielo, trasplantada hasta nosotros desde la vida celestial de los santos ángeles.

Si para la recomendación de la vida común es poco que llegue hasta nosotros sin interrupción de los apóstoles, y a los apóstoles de los ángeles de Dios, tenemos aún para añadir sobre toda alabanza que la vida común emanó en realidad de la fuente misma de la vida. Hablo ahora de aquella fuente de la cual está escrito: *En ti está la fuente de la vida, y en tu luz veremos la luz*<sup>7</sup>. Realmente la vida común es como un cierto resplandor de la luz eterna, una cierta emanación de la vida eterna, como una cierta derivación de la fuente perenne, *de donde manan las aguas vivas que saltan hasta la vida eterna*<sup>8</sup>.

#### *De la vida común del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo*

Dios es Vida, la santa e indivisa Trinidad es una Vida. El Padre no tiene una vida, y otra el Hijo, y otra el Espíritu Santo; sino que estas tres son una sola vida; y, así como es una su esencia común y su naturaleza común, así también es una su vida común. En efecto, Dios no es un ser aislado o solitario, porque Dios es uno y trino. La vida de Dios es común, porque para las tres personas no hay más que una sola, indivisa e idéntica vida.

Tal vez, sin forzar el sentido religioso de la fe, a alguien le podría parecer que la esencia o la potencia son "individuales" o "individual" la sabiduría, porque es sobremanera elevada y descollante; y por eso, porque es común, es como "individual-común", y es considerada quizá por lo mismo como vida "individualmente". Para que bajo la ambigüedad de las palabras no pongamos en duda lo que es cierto, consta indudablemente, que la vida de Dios no es por tanto individual —de modo que no sea común— porque escrito está: *Así como el Padre tiene vida en sí mismo, así también le ha dado al Hijo tener vida en sí mismo*<sup>9</sup>. No convenía que Dios fuese solitario, no convenía a su dignidad no tener compañero para compartir su gloria y su vida bienaventurada.

Según la fe de los Santos Padres la profesión verdadera de fe, la afirma-

7. *Sal* 35,10

9. *Jn* 5,26

8. *Jn* 4,14

ción verdadera, la declaración verdadera es que Dios es uno y trino, no solitario: y en ayuda de esta fe se levanta en cierto modo nuestra razón. Pues Dios que habita en una luz inaccesible<sup>10</sup>, no ha querido en absoluto ser ignorado, y por esa ignorancia no ser amado; él ha hecho brillar en nuestros corazones una cierta luz, aunque tenue; y en cierta medida se descubre así más a nosotros, y nos muestra su naturaleza, por donde más nos facilita conocer su naturaleza, a la cual debemós amar —en la medida del conocimiento que nos concede— con todo nuestro corazón, toda nuestra alma y todas nuestras fuerzas<sup>11</sup>. Pues Dios es caridad y, como dice el Apóstol: *Su caridad ha sido derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado*<sup>12</sup>. Por tanto, la caridad que mediante la gracia está en nosotros, de algún modo nos representa cuál es esa incomprensible caridad que es Dios, cuya naturaleza es caridad, es bondad. La naturaleza de esta caridad es, por decirlo así un íntimo sentido de la misma caridad introducido en nosotros hasta la médula tanto para amar, como para querer ser amado.

Pues así como el fuego no puede dejar de arder, así tampoco la caridad puede dejar de amar. Porque el amor es fuego, y amar es esto: arder. Y del mismo modo que el fuego no se puede retener dentro de sí, sino que parece ser movido hacia algo, para alcanzar siempre algo que incendiar, ni vive solamente en sí mismo sino que comunica su calor a todas las cosas que fueren tocadas o abrasadas, así también el amor por un cierto instinto sensible busca comunicarse a sí mismo, y transmitir el bien que tiene a otro al que él ama con plena dilección, y compartir y admitir un compañero para comulgar con él en la posesión de un mismo bien. Pues según el aprecio de la caridad, todo bien se revela más bello cuando es compartido en común, tanto como conviene.

En estos bienes, por otra parte, que pueden bastar al que ama y al que es amado con plena dilección, la caridad ama la comunión, y prefiere poseer en común con su amado, a poseer sin compañía lo que puede satisfacer a ambos. En cuanto a aquellos bienes que no pueden satisfacer al uno y al otro, la caridad escoge a menudo carecer de ellos, para que el amigo no carezca de ellos, sabiendo por su bondad que éste carece de los mismos. Mas al conceder beneficios, la caridad siempre procura que quien es amado ame, para que no sea amado solo.

Siempre, como lo hemós dicho, ella ama ser amada, y al qué ama no le basta el amor de comunión sino que esté presente la comunión del amor. Pues, cuando quiere que sus bienes sean comunes, mucho más quiere que lo sea el amor.

10. *1 Tm* 6,16

11. *Lc* 10,27

12. *Rm* 5,5

El amor no puede no ser generoso, odia permanecer solitario. En el exceso de su prodigalidad, casi por el amor de la comunión, se esfuerza por merecer la comunión del amor. ¿Cuál sería la generosidad del amor si quisiera retener sus bienes sólo para sí y no quisiera compartirlos? ¿O cuál sería el consuelo del amante, si permaneciera solo en no ser amado, y solo en amar? Escrito está: *¡Ay del solo!*<sup>13</sup>. El amor solitario es un tormento para sí mismo y en cierto modo se odia a sí mismo, puesto que no quiere en absoluto permanecer solitario, ni tampoco no ser mutuo: y, así como no puede ser despojado de su generosidad y de su naturaleza, así tampoco puede dejar de amar la comunión de los bienes, y la comunión respecto de sí mismo.

La caridad que está en nosotros, posee dos realidades inseparablemente unidas en cuanto al deseo de la propia caridad: *el amor de la comunión y la comunión del amor*. Pues si una de las dos faltare, la caridad no sería todavía feliz; ella que no busca sino la felicidad en la comunión de los bienes y en la comunión respecto de sí misma. Pero, si hay comunidad de bien, y no comunidad de amor, la caridad carece de algo, que ella misma quiere que exista. Si hay comunidad de amor y no comunidad de bien, la caridad carecería de algo, que ella misma quiere que exista. Así, estas cosas deben encontrarse en la propia caridad, la nuestra, tanto en la que hay en nosotros como en la que hay entre nosotros; caridad por la cual todavía no somos plenamente felices, sino que seremos felices en el futuro, en la comunión del sumo bien, que podrá satisfacer a todos, y en la comunión del amor mutuo, mediante el cual nada dejará de ser común entre nosotros.

Mira, alma mía, y considera, ya que la experiencia de la caridad por ti conocida te demuestra eso mismo acerca de la naturaleza de Dios, lo que Dios mismo te revela mediante la gracia de la fe.

Podrás ciertamente, oh alma, conocer a Dios íntimamente en tu misma naturaleza, como en su imagen, si no estás envuelta en las tinieblas del pecado. Pues ahora estás casi encegueda, de modo que no puedes ver con claridad ni en ti ni a través de ti, a Dios ni a ti misma. Y tú, en verdad, deberías ser para mí el ojo que me permitiera ver a Dios. Pero si mi ojo está ciego ¿cómo no estaré ciego yo mismo? Confieso aquí, en cuanto me es posible, que estoy del todo ciego; que verdaderamente mis palabras sean éstas: *Mi fuerza me abandona, y la luz de mis ojos no está conmigo*<sup>14</sup>. Porque comencé una vez a hablarte, alma mía, ahora proseguiré. Creo que deseas ver a Dios, ir a Dios y que careces de guía, porque estás ciega. Si siguieras la guía de la fe, no errarías, sino que en la propia luz de la fe ya ahora podrías ver a Dios.

Pero ¿acaso se ve a Dios sólo en la fe? ¿Acaso no se lo ve también en la caridad? Y antes bien en la caridad, y más en la caridad. Pues, la misma

13. *Qo* 4,10

14. *Sal* 37,10

caridad es un mandamiento claro, que ilumina los ojos<sup>15</sup>. En efecto, nadá hay en nosotros más semejante a la caridad que es Dios, cómo la propia caridad que Dios ha puesto en nosotros. Por ella, la imagen de Dios es reformada en nosotros; por ella Dios es visto y sentido en nosotros mucho más plenamente de lo que es conocido por la sola fe. Si lo invisible de Dios se deja ver a nuestra inteligencia a través de sus obras<sup>16</sup>; si se nos permite valorar la naturaleza de Dios a partir de su gracia; si se nos concede conocer al autor del don a partir del propio don; sin duda alguna concuerda con la naturaleza de Dios el amor de la comunión y la comunión del amor.

Porque aquél cuya naturaleza es la caridad y la generosidad, ama por naturaleza y quiere ser amado; y ama tanto cuanto quiere ser amado: Y no soporta qué aquél por el cual quiere ser amado cuanto es digno de serlo, carezca de la comunión plena de su felicidad, ni que sea menor la comunión del amor que el amor de la comunión.

Tan grande es la caridad del Padre, que la vida que tiene en sí mismo, la da también al Hijo tenerla en sí mismo<sup>17</sup>, de modo que el Hijo, el Igual del Padre, es una vida con el Padre, y comparte la gloria de su Padre en toda la plenitud del honor eterno y del poder indivisible.

La caridad no es bienaventurada sin un compañero con quien poder compartir su suerte; no existe, pues, sin comunión.

Ahora bien, la caridad bienaventurada es la vida bienaventurada, y la vida bienaventurada es la bienaventuranza eterna, y la bienaventuranza eterna es el Bien Sumo. Pero el Bien Sumo es por naturaleza posesión en común. Todo bien, en efecto, por lo mismo que es un bien, es también loable; porque si por un lado es bien y por otro es posesión en común, tiene una doble gloria: la de la bondad y la de la comunión. La suma bondad para lo bueno es la propia comunión. Por consiguiente el Bien Sumo no puede ser privado de la gloria de la comunión, ni sería el Bien Sumo si le faltara una tan grande cualidad de alabanza, y una alabanza tan cualificada. El Bien Sumo es un bien pleno y perfecto, al cual en modo alguno puede faltarle la digna alabanza del bien. De ahí que por naturaleza es posesión en común, y por gracia comunicable, como fuente y origen de todos los bienes.

Esta es la vida eterna, la vida bienaventurada, la vida común, la caridad infinita e inabarcable, común a Dios Padre y a su Hijo Unigénito. Así como el Padre tiene la vida en sí mismo, así también dio a su Hijo tener la vida en sí mismo. El Hijo tiene en sí la vida que tiene también el Padre, porque él mismo es una vida con el Padre. Sin embargo, esta vida que tiene el Hijo en sí, porque es la Vida, no la tiene de sí, sino del Padre. Todo lo que se dice que

15. *Sal* 18,9

17. *Jn* 5,26

16. *Rm* 1,20

el Hijo es o tiene según la sustancia, lo es en común con el Padre, y en común con el Padre lo tiene, es decir lo tiene del Padre. Tiene del Padre ser un Dios viviente, ser bienaventurado, omnipotente y sabio, el ser la misma vida, la bienaventuranza eterna, el poder y la sabiduría. Del Padre tiene también ser Hijo; y no empezó a tener lo que recibió del Padre, porque recibió al nacer lo que el Padre le dio al engendrarlo. Es coeterno con el Padre, consustancial, igual y en todo semejante a él; Dios de Dios, luz de luz, *esplendor de su gloria e imagen de su sustancia*<sup>18</sup>, e *imagen del Dios invisible*<sup>19</sup>.

El Padre, que dio al Hijo tener la vida en sí mismo, así como también él tiene la vida en sí mismo, ama al Hijo como a sí mismo; y el Hijo al Padre como a sí mismo: el amor de éstos es el Espíritu Santo, el nexo y la comunión de ambos. El amor de éstos es de tal manera indivisible, que quien ama al Padre, ama también al Hijo; y quien no es amado por el Hijo, tampoco es amado por el Padre. Su amor es único, y su honor indivisible; única es la potencia e indivisible la operación y es tan grande la comunión que el Hijo dice al Padre: *Todo lo mío es tuyo, y lo tuyo mío*<sup>20</sup>. Y Juan Bautista dice: *El Padre ama al Hijo y ha puesto en su mano todas las cosas*<sup>21</sup>. También el propio Señor por su parte dice: *El Padre ama al Hijo, y le muestra todo lo que él hace*<sup>22</sup>.

### *La comunidad de los ángeles*

La vida común de los ángeles es una cierta representación de esta vida común que existe en Dios, que es de Dios y que es Dios mismo, a la cual el Espíritu Santo une en una paz suma, como amor, nexo y comunión. *Por la Palabra del Señor fueron consolidados los cielos, y por el aliento de su boca les viene toda su potencia*<sup>23</sup>. Los cielos son los ángeles en los cuales Dios habita; él es su vida común y su bienaventuranza eterna común; en su amor viven conforme y felizmente. Cada uno ama a todos, y todos a cada uno. Todos quieren y no quieren lo mismo; lo que agrada a uno, no desagrada a ninguno; lo que uno quiere, ninguno lo rehúsa. Uno es el pensamiento de todos y una la voluntad, todos sienten y gustan lo mismo.

Entre ellos no se inflama la soberbia, no languidece la envidia, no se enciende la cólera, no litiga la discordia, no rezonga la impaciencia, no denigra la lengua engañosa. Entre ellos todo es pacífico, todo ordenado, todo tranquilo; nada desarreglado, nada indisciplinado, nada contrario al orden o a la obediencia; ningún disimulo, con el fin de tener en propiedad algo ocultamente.

18. *Hb* 1,3

19. *Col* 1,15

20. *Jn* 17,10

21. *Jn* 3,35

22. *Jn* 5,20

23. *Sal* 32,6

Todo es manifiesto, todo claro. Y aquello que es propio de cada uno, por la comunión del amor y el amor de la comunión es común a todos. Todos en un solo templo se alegran en común en Dios; al mismo tiempo leen, meditan y contemplan en el Libro de la vida, y en comunidad recobran sus fuerzas sentados a una misma mesa. Al mismo tiempo se detienen en el lugar del eterno reposo. Ninguno va hacia algún lugar de un modo individual, con lo cual podría ofender o turbar la paz común, la obediencia o el orden. Tal es la sociedad agradable y felicísima de los ciudadanos del Cielo que viven en comunidad. Nosotros que vivimos todavía en la tierra, debemos imitar este modelo de vida común, de modo que merezcamos gozar más íntimamente de su sociedad, cuanto más de cerca nos fuera dado de lo alto imitar su vida, *por la gracia de Nuestro Señor Jesucristo, la caridad de Dios y la comunicación del Espíritu Santo. Amén*<sup>24</sup>.

*La comunidad de naturaleza, a la cual se le añade la comunidad de pecado*

La vida común hace la comunión, la comunidad. Ahora bien, hay una cierta comunidad de naturaleza, una cierta comunidad de gracia y una cierta comunidad de gloria.

Todo el género humano está reunido en la comunidad de una sola naturaleza. Salido de nuestros primeros padres; se ha propagado con la transmisión del pecado y se ha diseminado por todas partes en la multiplicidad de los hombres. A esta comunidad de naturaleza se le ha añadido una cierta comunidad de pecado y de cólera. La naturaleza en efecto viciada en su raíz con un mismo vicio se propaga con el pecado original y la cólera original. Somos hijos de cólera por naturaleza. Todos hemos nacido malos y miserables. La naturaleza humana está infectada de tal modo por la mancha del pecado que no hay nitro, ni lejía, ni ninguna clase de ablución o de purificación que pueda limpiarla, excepto la sangre de nuestro Señor Jesucristo, en cuya muerte fuimos bautizados. *Todos los que hemos sido bautizados, en su muerte hemos sido bautizados*<sup>25</sup>. La cólera indignada de Dios ha salido de su misteriosa justicia como una flecha de su aljaba, se ha clavado profundamente en la naturaleza humana, y ha llegado hasta lo más recóndito de ella, y de tal manera se ha adherido sólidamente, que por ningún poder, excepto por la fortísima mano omnipotente de Dios, pudo ser extraída. De esta flecha ha dicho el Profeta: *Clavó en mis riñones a la hija de su aljaba*<sup>26</sup>. En su celo por la justicia, Dios concibió indignación contra el pecado y desahogó su cólera. Esta cólera es innata respecto de nosotros, cólera de la cual somos hijos por naturaleza<sup>27</sup>. Esta es la hija de la aljaba, extraída como de una aljaba de la

24. Cfr. Ap 22,21

25. Rm 6,3.

26. Lm 3,13

27. Ef 2,3

misteriosa justicia de Dios; aquí ha sido concebida y aquí ha nacido en nosotros y nos es innata; hija de, aljaba nacida con nosotros, pero como hermana uterina de nuestra naturaleza. El Profeta dice que ésta se ha clavado en sus riñones. Con razón ciertamente en sus riñones, pues aquí está la sede de la concupiscencia de donde se propaga el mal a nuestra naturaleza.

Esta comunidad de naturaleza viciada, en la cual todos nosotros, partícipes de una misma naturaleza, y sometidos al pecado, y a la deuda de la muerte, estamos constreñidos, nos impone un triple compromiso: de caridad, de humildad y de piedad. Dice el Señor: *Amarás a tu prójimo como a ti mismo*<sup>28</sup>. Si la razón de los mandamientos divinos deseara ser expresada por la curiosidad humana, debería bastar muchísimo para reprimir toda investigación curiosa, el hecho de que Dios lo manda, Dios, cuyos mandamientos son fieles, obrados en verdad y en justicia; sin embargo si alguno preguntara por qué Dios ha querido que este mandamiento sea excesivamente observado, la fe no carecería de respuesta. El conocimiento de la fe sabe que Dios ama a aquél que le es consustancial y que es partícipe de su naturaleza. Por este ejemplo puede responder al hombre: *Haz también tú lo mismo*<sup>29</sup>; ama al partícipe de tu naturaleza, al futuro partícipe de la gloria que se te ha prometido. Ama a tu naturaleza, ama lo que eres de nacimiento, pero no te ames sin amar en los otros la naturaleza que tienes en ti.

Para amar al que es partícipe de nuestra naturaleza, el ejemplo del propio Dios nos atrae, su autoridad de maestro nos urge, la comunidad de naturaleza con nuestro hermano nos constriñe, y por la conciencia de nuestra común debilidad es necesario que nos humillemos mutuamente, que mutuamente nos apiademos, para que nuestra jactancia altiva no separe a los que iguala una misma condición débil. Todavía no sabe amarse a sí mismo, quien presume desdenar en otro la naturaleza que le es común con él; y menoscaba su condición, el que no reconoce su derecho en la imagen de Dios. Y viola el derecho de la sociedad humana, el que no honra en el prójimo la comunidad de naturaleza. Interrumpe para sí el acceso a la misericordia, quien no dirige su afecto a la necesidad o a la compasión fraterna. Se ha hablado hasta aquí de la comunidad de naturaleza.

### *La comunidad de gracia*

Hay una cierta comunidad de gracia que abraza de una manera general a todos aquellos que, buenos o malos, pertenecen a la religión cristiana por una misma confesión de fe y por la participación en los sacramentos. Este es el campo en el cual crecen el trigo y la cizaña. Es la era donde los granos se

28. *Lv* 19,18; *Mt* 22,39

29. *Lc* 10,37

mezclan con la paja. La red donde hay peces buenos que se escogen para poner en recipientes, y malos para ser arrojados fuera. Es el arca de Noé, donde hay animales puros e impuros, tanto el cuervo como la paloma. En efecto, hay quienes tienen la fe, y quienes no tienen respetuosa reverencia para con las obras dignas de la fe; y participan de los sacramentos de la Iglesia quienes con su conducta indigna anulan en sí la virtud de los sacramentos. Así pues, los que comunican en los sacramentos por la confesión de la fe, están divididos unos de otros, como lo están recíprocamente los buenos de los malos. Entre éstos se pueden contar los cismáticos, quienes rechazan el yugo de la obediencia regular, falsos hermanos que simulan más la humildad de la profesión cristiana de lo que la observan.

Respecto de todos los justos que participan en los sacramentos de la Iglesia, en la fe y en la obediencia que requiere la fe, gozan de una comunión muy peculiar y especial que no comparte el extraño. Pero tampoco comparte con el extraño quienquiera que se encuentra en esta comunión, de modo que pueda decir con el Profeta: *No compartiré con sus elegidos*<sup>30</sup>.

Esta comunión de los justos forma la unidad de la Iglesia, la cual en todos los miembros de Cristo conserva la unidad del espíritu en el vínculo de la paz. Esta es la túnica sin costura de Cristo, no dividida, de la que Cristo dice: *Dividiéronse mis vestidos y sobre mi túnica echaron a suerte*<sup>31</sup>. Bajo la profesión de una misma fe y la participación de unos mismos sacramentos están desunidos unos de otros como hemos dicho, y en cierta manera divididos como la vestiduras de Cristo. Sí, unos reciben dignamente los sacramentos de la Iglesia, otros indignamente, y la fe de éstos sin las obras está muerta<sup>32</sup>; mas el justo vive de la fe<sup>33</sup>. Sobre la túnica —no dividida— echaron a suertes. En efecto, quien se une a la sociedad de la Iglesia en la caridad de Cristo y en la obediencia, tiene aquella suerte de la que está escrito: *No permitirá el Señor que permanezca el cetno de los pecadores sobre la suerte de los justos*<sup>34</sup>. Los justos, dondequiera se encuentren sea que vivan aislados, sea en comunidad, en razón de la unidad de paz de la Iglesia y de la comunión de obediencia y de caridad, como miembros de un mismo cuerpo no admiten la división. Las aves, es decir, la tórtola y la paloma, no fueron divididas cuando por orden del Señor Abraham fomentó una vaca, una cabra y un carnero, dividió todo esto por el medio y puso de cada uno una parte frente a la otra<sup>35</sup>.

El Apóstol expresa esta comunión de los justos cuando dice: *Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo*<sup>36</sup>. A un solo Señor le debemos obediencia.

30. *Sal* 140,4

31. *Jn* 19,24; *Sal* 21,10

32. *St* 2,26

33. *Hb* 10,38

34. *Sal* 124,3

35. *Gn* 15,9-10

36. *Ef* 4,5

cia, como Cristo en forma manifiesta nos muestra al decir: *Nadie puede servir a dos señores*<sup>37</sup>. La obediencia es compañera inseparable de la caridad, como él mismo lo afirma cuando dice: *Si alguien me ama, guardará mi palabra*<sup>38</sup>. Y: *Quien no me ama, no guarda mis palabras*<sup>39</sup>. Por consiguiente la obediencia a un solo Señor, a una sola fe, a un solo bautismo crean la comunión de los justos. Cualquiera que permaneciere en esta comunión hasta el fin, tendrá su parte entre los elegidos, y no desaparecerá del pueblo de Dios. Sin embargo muchos que pertenecen a esta comunión, porque son más perezosos y complacientes pero no viven de una manera infame; porque no edifican sobre el fundamento que es Cristo oro, plata y piedras preciosas sino madera, heno y paja, en consideración al fundamento serán salvados pero como a través del fuego<sup>40</sup>.

Esta comunión de gracia de la que acabámos de hablar, es necesaria para instituir aquella vida que solemos llamar "común"; sola, sin embargo, de ninguna manera puede bastar para el género de vida común tal como se lo quiere vivir en la vida religiosa.

#### *La comunión de gracia crea la vida común*

Existe, todavía una cierta comunión entre aquellos que viven en comunidad, de los cuales se ha dicho: *La multitud de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma. Nadie consideraba sus bienes como propios, sino que todo era común entre ellos*<sup>41</sup>. Lo que crea la vida común es pues tener un solo corazón, una sola alma y una comunión en todo. Esta vida representa en la tierra la vida de los ángeles tanto cuanto lo permite la fragilidad humana.

En efecto, tienen un solo corazón, una sola alma y todo lo tienen en común; en todo se muestran concordes y unánimes, siempre anteponen la utilidad general y el bien común a los intereses particulares; de tal manera renuncian a sí mismos y a lo suyo, que ninguno, se trate de esto o de aquello, ya en sus juicios, ya en sus consejos, presume defender pertinazmente su propia opinión, ni intenta imponer con vehemencia los deseos de su corazón, su propia voluntad, ni tener algo aunque mínimo bajo pretexto de propiedad. Sino que, como siervos de Dios, se humillan a sí mismos por Dios, bajo la mano de su consiervo (su abad); de manera que de su solo arbitrio, al cual y para el cual todo poder le ha sido concedido, depende el pensamiento de todos; se regula la voluntad; se atemperan las necesidades de todos. Sólo él puede querer, porque puede también no querer; a los demás, que han renunciado a

37. Mt 6,24

40. Cfr. I Co 3,12-15

38. Jn 14,23

41. Hch 4,32

39. Ibid.

su libertad y a su autonomía no les está permitido ni querer lo que querían, ni poseer lo que podrían poseer, ni sentir lo que podrían sentir, ni ser lo que son, ni vivir según su espíritu sino según el Espíritu de Dios que los hace hijos de Dios<sup>42</sup>; ese Espíritu que es su amor, su nexo y su comunión. Y cuanto más grande es el amor, tanto más fuerte es el nexo y más plena la comunión; y a la inversa, cuanto más grande es la comunión, más fuerte es el nexo y más pleno el amor.

Hablo ahora de aquel amor que nos hace amar a Dios ante todo y sobre todo: el que informa y así hace buena toda la vida, ya de los que viven aisladamente, ya de los que viven en comunidad.

Y no debemos considerar buena la vida, ni incluso vida, —antes bien debemos llamarla imagen de la muerte— a aquella a la que la caridad de Dios no hiciera buena. Eos hombres que se aman a sí mismos y son esclavos de sus deseos, aunque vivan están muertos, como la viuda que vive entre placeres, de la cual escribe el Apóstol y dice: *La viuda que vive entre placeres, aunque viva está muerta*<sup>43</sup>. Vive pues verdaderamente, quien consiente en la voluntad de Dios; porque *la vida está en su voluntad*<sup>44</sup>. Ama a Dios verdaderamente, quien consiente en su voluntad. Pues Dios de tal manera quiere que se le ame, que quiere que uno consienta en su voluntad; así también nosotros queremos ser amados de tal modo que se consienta hacia nosotros con una concorde voluntad; y a quienes más consenso tienen con nosotros, más amigos los consideramos. El amor por cierto siempre ama el consentimiento, porque ama la comunión a la cual también le concierne el consentimiento. Quien “consiente”, siente en común con el otro.

Pero porque el hombre puede tener una voluntad buena y una mala, puede ciertamente ser amado tanto bien como mal. Es mejor ser bien odiado por alguien, que ser mal amado, así como es mejor odiar bien que amar mal. Pues amar bien y odiar bien son dos bienes diferentes y ambos están destinados al prójimo. De ahí que debemos tanto amar a los enemigos como odiar a los amigos. Así fue lo ordenado, y así sin duda convenía que lo fuera para que nuestra voluntad no se inclinara demasiado al odio hacia los enemigos y a la benevolencia hacia los amigos. En un sentido o en otro ella habría sobrepasado la medida de su afectividad, se habría volcado a lo ilícito y propagado a sí misma sin medida. Hay que atemperar con el odio la benevolencia hacia los amigos, de modo que *no sea alabado el pecador, en los deseos de su alma*<sup>45</sup>, aunque sea amigo. En efecto, nadie ama bien al prójimo excepto el que lo odia bien.

En el amor a Dios existe en grado sumo otra razón. Así como debemos

42. Rm 8,14

43. I Tm 5,6

44. Sal 29,6

45. Sal 9,24

amarlo con todo el corazón, con toda el alma y con todo el espíritu<sup>46</sup>, así también es precisoamarlo a él totalmente: Ya que es el todo amable, el todo deseable; nada puede encontrarse en él que sea digno de odio o indigno de amor.

¡Oh Dios bueno, generoso, amable, digno de ser amado!; ¡oh deseable, Dios amor, Dios caridad, Dios de natural dulzura!, ¡cuánta iniquidad ha habido en aquellos que te odiaron y sin motivo!<sup>47</sup>, pues no lo merecías. ¿Por qué el impío desafió tu nombre?<sup>48</sup>. ¿Qué utilidad, qué ventaja, qué provecho háy para los que desafían tu nombre? Por cierto mucha paz tienen los que aman tu nombre<sup>49</sup>. Pero quienes te odiaron, ¿qué odiaron sino la vida, la salvación, qué sino la generosidad, la misericordia, qué finalmente sino la caridad? Porque tú, Dios mío, eres la caridad. ¡Oh, cuán lejos está en la salvación, quien odia la caridad, y a quien la caridad misma odia! ¡Cuánta insensatez hay en odiar la caridad! Pues es odiar la sabiduría misma. Tú, Señor Dios, eres la suma sabiduría, y *conocerte es inteligencia consumada*<sup>50</sup>, pero conocerte a través del amor, porque el mismo amor es conocimiento: y quienquiera que no te ama, no conoce todavía como conviene quién eres tú. Por mucho que alguien se envaneciera por la gloria de su elocuencia brillante, que se ensalzara por el conocimiento de cosas maravillosas, que ostentara su opulencia de cosas apetecibles, si no te amara sería un necio, un insensato; si no te amara sería un pobre, un indigente. *Las riquezas de la salvación son la sabiduría y la ciencia*<sup>51</sup>; aquella sabiduría que tiene “sabor”, que te ama, que es más preciosa que todas las riquezas; y todas las cosas que se puedan desear no tienen valor comparadas a ella.

*Guárdame, Señor, como a la pupila del ojo*<sup>52</sup>, guárdame del pecado grave al que temo mucho, del odio de tu amor, que podría hacerme pecar contra el Espíritu Santo que es amor, nexo, unidad, paz y concordia. Que no esté en desacuerdo con la unidad de tu Espíritu, en desacuerdo de paz contigo, pecado culpable que no será perdonado ni aquí ni en el futuro<sup>53</sup>. Consérvame, Señor entre mis hermanos y mis prójimos, para que pueda hablarles respecto de la paz que está en tí<sup>54</sup>; consérvame entre aquellos que guardan la unidad del espíritu mediante el vínculo de la paz<sup>55</sup>.

Amadísimos Hermanos, en cuanto a la práctica de la vida común conviene que obremos solícitamente; que guardemos la unidad del espíritu mediante el vínculo de la paz, por la gracia de nuestro Señor Jesucristo, la caridad de Dios y la comunicación del Espíritu Santo. La unidad del espíritu procede de la caridad de Dios; el vínculo de la paz de la gracia de nuestro Señor Jesucris-

46. Mt 22,37

47. Sal 68,5

48. Sal 9,36

49. Sal 118,165

50. Sb 6,16

51. Is 33,6

52. Sal 16,8

53. Cfr. Mt 12,32

54. Sal 121,8

55. Ef 4,3

to; en cuánto a la comunicación del Espíritu Santo ella es el origen de aquella comunión necesaria a los que viven juntos para que vivan en comunidad. La caridad de Dios obra la unidad del espíritu: *el que se allega al Señor, se hace ún espíritu (con El)*<sup>56</sup>. La caridad de Dios, es decir, aquélla por la que Dios debe ser amado, es de un modo necesaria a los que viven individualmente y de otro modo a los que viven en comunidad; y para la caridad que es Dios, más semejante, es la caridad que conviene a la vida común. Porque Dios ama la santidad<sup>57</sup>, y ama más una mayor santidad; odia también la iniquidad y odia más una mayor iniquidad.

Respecto de las cosas temporales, en las cuales y por las cuales la soberbia humana suele gloriarse, la mezquindad, envidiar, la ambición litigar, la voluptuosidad gozar: estas cosas temporales, repito, Dios quiere que nosotros más bien las despreciemos que las amemos, por el amor y por el deseo de las cosas eternas. Sin embargo, Dios nos permite un uso moderado de ellas en la medida que lo exija la necesidad humana, desdendiendo todo lujo superfluo; El odia en efecto, a los que ponen su atención inútilmente en las vanidades<sup>58</sup>.

Mas si la caridad de Dios que poseemos, de tal modo concuerda con la caridad que Dios nos tiene como para amar lo que ella ama; y émula de su perfección sigue siempre lo más perfecto, aprecia lo mejor, permanece siempre solícita en evitar también los pecados más leves, lo que Dios quiere que sea desdendiado, ella también lo desdendia, entonces esta misma caridad de Dios realiza en nosotros la unidad del Espíritu: y, así como el Hijo único de Dios vive con Dios Padre en la unidad del Espíritu Santo, ya que uno solo es el Espíritu del Padre con el Hijo; así también nosotros como hijos adoptivos bajo Dios Padre vivimos en la unidad del Espíritu en el cual clamamos: *Abba, Padre*<sup>59</sup>. Clamamos como de un país extraño, inferiores y desiguales en grado sumo al Hijo de Dios, pero sin embargo en cierto modo semejantes; no somos como el Hijo único de Dios que está a la derecha del Padre y le es en todo igual. Es mejor decir que él invoca y no que grita, como está escrito: *El me invocará, "tú eres mi Padre"*<sup>60</sup>. Esta unidad que realiza en nosotros la caridad de Dios, es conservada mediante el vínculo de la paz por la gracia de nuestro Señor Jesucristo. El es nuestra paz, que hizo de ambos pueblos uno solo<sup>61</sup>, en cuyo nacimiento cantaron los ángeles: *Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad*<sup>62</sup>. Quien al ascender al cielo dice a sus discípulos: *La paz os dejo, mi paz os doy*<sup>63</sup>.

"Cuál es esta paz que Cristo nos ha dado, paz cuyo vínculo conserva la

56. *I Co* 6,17

57. *Sal* 30,7

58. *Id.*

59. *Ga* 4,6

60. *Sal* 88,27

61. *Ef* 2,14

62. *Lc* 2,14

63. *Jn* 14,27

unidad del espíritu? Es la caridad mutua, por la cual nos amamos mutuamente, que no se rompe si hablamos todos de acuerdo y no hay disentimiento entre nosotros. San Pedro nos amonesta acerca de esto al decir: *Ante todo tened siempre mutua caridad*<sup>64</sup>. ¿Qué es la caridad mutua, sino aquella que me hace decir a quién amo: lo mío es también tuyo? Pues si te amo sin que tú me ames, o bien si me amas sin que yo te ame, no hay todavía caridad mutua, pues ya la mía, ya la tuya no existe; la caridad mutua es común, y no está privada de la comunión del amor. La caridad mutua debe también ser continua; de otro modo no existiría el vínculo de la paz, ni el nexo del amor.

Es continua aquella, que está consolidada en la verdad, aquella que no está quebrada ni por los odios ni por las sospechas, la que siempre está protegida, alimentada por mutuas atenciones y paciencia mutua y, para que perdure, es guardada con esmero y prudencia y no es empañada por ninguna simulación. Esta caridad es la de aquellos que verdaderamente se aman en Cristo, no de palabra ni con la lengua, sino con obras y de verdad<sup>65</sup>. Cristo imprime, hunde, inscribe esta caridad muy profundamente en nuestros corazones con la palabra y el ejemplo cuando dice: *Este es mi mandamiento: que os améis unos a otros como yo os he amado*<sup>66</sup>. En esta caridad se conserva la unidad del espíritu como un vínculo de paz. Esta es, pues, la ley de la vida común, la unidad del espíritu en la caridad de Dios, el vínculo de la paz en la mutua y continua caridad de todos los hermanos, comunión de todos los bienes que pueden ser compartidos, relegando lejos del propósito de la santa vida religiosa toda ocasión de poseer una propiedad cualquiera. Para que estas realidades estén en nosotros y en nosotros permanezcan como quienes tienen un solo corazón, una sola alma y todo en común: *La gracia de nuestro Señor Jesucristo y la caridad de Dios y la comunicación del Espíritu Santo estén siempre con todos nosotros. Amén*<sup>67</sup>.

*La caridad mutua entre aquellos que viven en comunidad*

Consultemos a nuestra propia naturaleza, a la naturaleza de nuestro cuerpo acerca de la concordia en la caridad mutua: ellas nos estimula a conservar la paz. Ciertamente, siendo muchos, somos un solo cuerpo pero cada miembro es miembro de los otros<sup>68</sup>. Un solo espíritu vivifica a todo nuestro cuerpo mediante sus articulaciones y ligamentos, y procura la paz mutua, en la cual se conserva la misma unidad del espíritu; pero lo procura por las mutuas atenciones de los miembros y la paciencia mutua.

Observad y ved, cómo aquello que posee en propiedad cada uno sirve

64. *IP* 4,8

65. *I Jn* 3,18

66. *Jn* 15,12

67. *II Co* 13,13

68: *Rm* 12,5

al provecho común. El ojo no ve sólo para sí, sino me dirige a los pies en su caminar, y a las manos en su obrar. La boca no come sólo para sí ni el estómago digiere sólo para sí, sino que se encargan de un trabajo común, y lo que nutre a todo el cuerpo y le es suficiente y provechoso la boca lo come y el estómago lo digiere. ¿Acaso la lengua, si alguna parte del cuerpo fuese herida, asumiendo casi sobre sí con sentimiento compasivo y voz sufrida no grita contra el que hiera "¿Por qué me hieres?" ¿Acaso el corazón no ordena las resoluciones solícito como está del provecho común como del suyo propio, y por consiguiente en favor de los otros, como también de sí? ¿Acaso las manos que han nacido para servir, y se consagran al servicio, no se abajan ellas mismas en servicio de los pies? ¿Qué sucede si una mano, como acontece a veces, hiera a la otra? ¿Por ventura la que está herida se armará por un celo vengativo y contrarrestará los golpes? ¿Acaso la que ha herido, consciente de su falta y compungida, casi con dolor de penitencia, no querrá a título de satisfacción aplicar presurosa el mejor remedio que puede para la curación de la hermana herida? ¿Acaso en la misma atención humilde no implora y suplica a modo de disculpa que se le perdone? ¿Acaso con su esmero diligente, con su afabilidad empeñosa no se excusa de toda sospecha de maldad? Hay también algo que nos puede edificar. Si el ojo percibiera que una espada amenazadora está enarbolada para herir la cabeza, enseguida, casi irreflexivamente, por impulso del amor, o bien del furor, la mano se interpondría y enfrentaría a la espada, o también le saldría al encuentro y, rápida en el peligro, mientras teme por lo tocante a la cabeza, no temería en cuanto a sí misma, y a fin de conservar intacta la cabeza, no miraría por sí misma.

Hermanos amadísimos en Cristo, ¿a qué nos inducen estos ejemplos, si no a la paciencia mutua, a la humildad mutua y a la mutua caridad? ¿Acaso Dios no escribió en nosotros la ley del amor, que nos instruye desde nuestro interior? Si quien dio la ley nos da también la bendición, y nos apacienta en la inocencia de nuestro corazón, y nos conduce por el camino de la paz garantizando la sabiduría de nuestras obras, para guardar la unidad del espíritu mediante el vínculo de la paz, para conservar el amor de Dios en el amor al prójimo. Si de un modo unánime y concorde amamos a Dios según la pureza de nuestra vocación, sin ninguna duda la caridad de Dios se difundirá en nuestros corazones a través del Espíritu Santo, un solo Espíritu de Dios nos vivificará a todos como si se tratara de un solo cuerpo, a fin de que ninguno de nosotros viva para sí sino para Dios; y a fin de que todos nosotros vivamos simultáneamente en la unidad del espíritu por la unidad de este único Espíritu que habita en nosotros.

Esta unidad del espíritu que se encuentra en nosotros por la caridad de Dios, se guarda en nosotros, por el amor al prójimo; a fin de que permanezcamos simultáneamente en el amor de Dios; y al permanecer en este amor permanezcamos en Dios, y Dios en nosotros. En el amor al prójimo se revela,

se incrementa y se arraiga el amor de Dios.

Dios, sin duda, puede estar contento consigo mismo, y en todo bien se basta a sí mismo y no necesita de nuestros bienes; nadie puede perjudicarlo si no lo ama, ni aportarle algo ni serle útil si lo ama. Por eso, cuando hayamos hecho todo bien, hemos de decirnos, siervos inútiles somos<sup>69</sup>. Cualquier bien que hagamos, nos aprovecha más a nosotros que a él.

Sin embargo, porque hemos de amar a Dios no de palabra ni de lengua<sup>70</sup>, como lo amaron aquellos de los que está escrito: “*Lo amaron con su boca y su lengua le mentía*”<sup>71</sup>; porque, digo, hemos de amar a Dios de tal modo que se manifieste este amor en obra y en verdad: Dios, que no está necesitado de beneficios, nos delegó por así decir a nuestros hermanos y prójimos, que están necesitados, para que reciban de nosotros en vez de él los beneficios que le debemos. Que nadie pues se engría por amar a Dios, que nadie se engañe juzgando que ama a Dios —a quien no ama— si no ama al prójimo. Si todo hombre busca dónde hallar una prueba que le demuestre si ama al prójimo como ama a Dios; si no ama al prójimo a quien ve, a quien tiene presente como enviado de Dios ante sí, a quien debe pagar la deuda de la caridad, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ve, que no se le muestra visiblemente y que no necesita de nada?<sup>72</sup>. Porque ¿puede haber en Dios otro modo de prestar beneficios, si no es dando a aquél en el cual Dios está necesitado, Dios que en sí no necesita nada? Pues Dios en sus miembros pide y recibe, es amado y despreciado. Por consiguiente, en el amor al prójimo, tanto por el nexo del amor como por el vínculo de la paz, la caridad de Dios y la unidad del Espíritu son retenidos por nosotros y conservados en nosotros. El que no ama a su hermano, se aleja de la unidad del Espíritu; ni ama a Dios: ni vive en el Espíritu de Dios sino en su propio espíritu porque vive para sí y no para Dios.

#### *Más acerca de la comunión de gracia*

La comunión atañe al amor del prójimo, y donde el amor es pleno, es plena la comunión. No hay comunión más plena que la de la comunión de todos, como está escrito: *Todo lo tenían en común*<sup>73</sup>. Pero nos puede hacer vacilar lo que sigue: *Se dividía para dar a cada uno según su necesidad*<sup>74</sup>. ¿Cómo conciliar “comunión” y “división”? ¿Cómo conciliar “comunión” y “propiedad”? Se dividía para dar a cada uno según sus necesidades, se cedía a cada uno el uso y la propiedad de lo que requerían sus necesidades. Si cada uno te-

69. Lc 17,10.

70. I Jn 3,18.

71. Sal 77,40.

72. I Jn 4,20.

73. Hch 4,32.

74. Id. 4,35.

nía diversas necesidades y a causa de ellas subsidios propios; si tenía las propias debilidades y para solucionarlas los propios remedios; si tenía alguno la propia aflicción, y para aliviarla el propio consuelo ¿cómo todas las cosas eran comunes a todos, si cada uno tenía más de una cosa propia?

El Apóstol agrava esta objeción al decir: *A cada uno se le otorga la manifestación del Espíritu para común utilidad*<sup>75</sup>; y: *Cada uno tiene de Dios su propio don: éste, uno; aquél, otro*<sup>76</sup>. Y también: *Hay diversidad de gracias, y diversidad de ministerios y diversidad de operaciones*<sup>77</sup>. ¿Cómo pues puede haber comunión de todo donde hay tantas diversidades de gracias, tantos dones propios? ¿Qué diremos a esto? ¿Quién sería idóneo para hacerlo? *Es cosa ardua para mí*<sup>78</sup>.

Veamos sin embargo, si el nudo del amor, que no debe ser desatado, puede desatar el nudo de esta objeción. De hecho puede hacerlo. La caridad en efecto sabe reducir a su arbitrio la propiedad a la comunión; no de modo que no haya propiedad, sino de modo que la propiedad conduzca a la comunión, para que no falte la comunión ni impida el bien de la comunión. Pero la diversidad o la propiedad que impide el bien de la comunión, es ajena a la caridad. Pues la caridad ama la comunión, ama también la propiedad, que aprovecha al bien de la comunión o no la impide. En efecto, la comunión no puede existir sin propiedad; aunque la propiedad pueda existir sin el bien de la comunión. Realmente, ¿cómo podría haber algo en común, allí donde la propiedad no distinguiera unos bienes de otros, de aquellos que tienen algo en común?

También en la suma e indivisa Trinidad hay una unidad, una eternidad, una potencia, una sabiduría, una vida, una esencia común a las tres personas. Pero la persona se distingue de la persona por la propiedad; en ellas hay una bienaventuranza eterna común, y no impide el bien común, el hecho de que sólo el Padre sea tal: pues el Padre no es Padre para sí, sino para el Hijo, a quien engendra de su sustancia, y al engendrar le dio tener la vida en sí mismo. Y para que el modo de expresarnos acerca de esto nos sea más habitual por la práctica corriente: la propiedad por la cual el hombre es padre, no impide la comunión de la naturaleza humana sino que la naturaleza se propaga de un hombre al otro mediante la generación; ni la propiedad de poder generar perjudica la comunión de la naturaleza. La potencia de la gracia no es menor que la naturaleza creada. Y es una gracia admirable esta caridad que se derrama en el corazón de los santos pero que se esparce mediante la comunión.

75. *I Co* 12,7

76. *I Co* 7,7

77. *Cfr. I Co* 12,4-6

78. *Sal* 72,16

En efecto, el Espíritu Santo, por el cual la caridad se derrama, ama la efusión, el derramamiento, y él mismo se derrama. *Derramaré de mi espíritu* dice el Señor<sup>79</sup>. Aquél pues que tenga de Dios el propio don, téngalo de tal modo que no lo tenga sólo para sí sino para Dios y el prójimo; a Dios ciertamente, para que no busque su gloria por el don de Dios sino que busque la gloria de Dios. Al prójimo, para que considere siempre el provecho común, no el propio. *La caridad no busca sus propios intereses, sino los de Jesucristo*<sup>80</sup>. Ama la comunión, no la propiedad sin la comunión. De tal manera ama la comunión, que a veces no quiere reclamar los bienes de su pertenencia que otro se ha apropiado para sí. La caridad es generosa y huye de las disputas, no busca lo que es suyo, no quiere contender en juicio allí donde la caridad peligrá: prefiere sufrir el fraude a perecer ella misma; sufrir un daño a causar un perjuicio. ¿Por qué reclamar obstinadamente lo que no tiene, ella que está pronta a dar lo que tiene? Pues el don propio de cada uno arrastra al bien de la comunión, de modo que siendo uno el propietario de un don recibido, comparte el bien con otro para utilidad de éste.

De ahí que el bienaventurado Pedro diga: *La gracia que cada uno haya recibido póngala al servicio de los otros. Si alguno habla, sea como palabra de Dios; si alguno ejerce un ministerio, sea como con poder que Dios otorga, a fin de que en todo sea Dios honrado*<sup>81</sup>. Pablo dice también: *A cada uno se le otorga la manifestación del Espíritu para común utilidad*<sup>82</sup>. ¿Qué es la manifestación del Espíritu dada para utilidad común, sino el don de la gracia que ha de ser manifestado para utilidad del prójimo, y que hay que publicar cuanto conviene? El que es sabio, no lo sea para sí, sino diga: *Sin engaño la aprendí, sin envidia la comuniqué*<sup>83</sup>. El que tiene, comunique al que no tiene, como aconseja quien dice: *Dad y se os dará*<sup>84</sup>.

La avaricia, que a fin de no poner en común retiene en el corazón para sí lo que posee, es tan contraria a la comunión, cuanto enemiga de la caridad. Si a juicio de un poeta pagano —un hombre pagano sin fe verdadera, sin Dios verdadero, sin esperanza verdadera de la verdadera resurrección y de la verdadera bienaventuranza eterna— merece ser alabado de tal modo que se diga de él: “Cree que no nació para sí sino para el mundo entero”; ¡cuánto más a juicio de hombres cristianos, y más aún, a juicio de hombres religiosos, maestros de la vida en común, es preciso alimentar el pensamiento de la comunión que debe tenerse en todo, que debe ser preferido a todo!

El que es bueno para sí, también debe serlo para los demás y no debe

79. *Hch* 2,17 citando a *Joel* 2,28

80. *I Co* 13,5 y *Flp* 2,21

81. *IP* 4,10-11

82. *I Co* 12,7

83. *Sb* 7,13

84. *Lc* 6,38

mostrarse difícil de soportar; quien tiene palabras de sabiduría y de ciencia, quien tiene la gracia de actividades y de ayuda a los otros, quien tiene cualquier otra gracia mayor o menor, debe considerar que la ha recibido de Dios para el bien de los otros; y siempre debe temer que sea un obstáculo para él la gracia recibida, si no se empeña en que la aproveche el prójimo. Pues en vano se recibe la gracia de Dios, si por ella no se busca la gloria de Dios y el provecho del prójimo. Verdaderamente la gracia se convierte en gloria de Dios si el don propio que cada uno ha recibido de Dios es entregado al bien común. Y la comunicación del Espíritu Santo verdaderamente estará con nosotros, cuando el don que en particular es dado a cada uno, es poseído en común mediante la comunión del amor.

*Más acerca de la comunión de gracia, y de la comunión de gloria*

El Espíritu Santo es comunión, y comunión a la que ama de tal manera que él mismo quiere ser dado. Esa es pues su generosidad, y no está contento de darla, sino que quiere darse también así mismo, pero a aquellos a los que él mismo hizo dignos de la aceptación de tan gran don. Él es el Don, y fue desde la eternidad el Sumo Bien y el Sumo Don.

Quien verdaderamente pone la gracia recibida de Dios al servicio, al provecho del prójimo, ése verdaderamente posee lo que recibió, y *al que tiene se le dará y abundará; pero a quien no tiene, se le quitará aún lo que parece tener*<sup>85</sup>. La gracia de Dios confiada y recibida, se transforma casi en pretexto, en motivo de préstamo. En efecto, liga al que lo recibe a Dios y al prójimo. A Dios, se le debe dar gracias; al prójimo, se le debe comunicar esta gracia. Quien comunica la gracia se compadece del prójimo. Quien da gracias, tributa gloria a Dios.

Y éste es el justo, el que se compadece y da. Pues sería injusto, si no pagara lo debido; si fuera contra la honradez del pacto, y el interés de lo prestado y recibido. De aquí que está escrito: *El pecador pide prestado y no paga*<sup>86</sup>. Pide prestado, cuando recibe; no paga, cuando no restituye. Y en esto es pecador, porque pide prestado y no paga. No paga, porque no comparte con el prójimo, ni glorifica a Dios. Dios exige una restitución por la gracia concedida y por la que todavía no ha dado. Reclama un interés, cosecha donde no sembró y recoge lo que no esparció<sup>87</sup>. Cosecha entre los malos, recoge entre los buenos. Al final enviará a sus segadores, los ángeles, entre los malos a los que condenará por no haber obtenido ganancia, cuando los ángeles recojan la cizaña y la aten en manojos para quemarla<sup>88</sup>. Pero a los buenos los recogeré como al trigo en su granero, los recompensará por lo que él mismo les dio, y por la

85. Mt 25,29

86. Sal 36,21

87. Mt 25,24

88. Mt 13,49-50

ganancia obtenida que recibió.

Recoge lo que no esparció; es decir, lo que no esparció él solo por sí mismo, sin aquellos a quienes dio. Esparcieron los que compartieron con el prójimo los dones recibidos, fueron y llevaron el fruto<sup>89</sup>, como aquellos de los que está escrito: *Al ir iban llorando, arrojando sus semillas*<sup>90</sup>. Y lo que se dice, no parece referirse a dureza del Señor frente a los buenos sino a los malos. Si ambas cosas pueden ser interpretadas de los malos, o bien ambas de los buenos, salvo la bondad de la fe y la bondad de Dios, de algún modo hemos de declarar que el Señor es duro, él que muestra dureza para con uno, o bien para con ambos y dice a los dos: Cosecho donde no sembré; recojo, donde no esparcí. ¿Entonces Dios es un Señor duro? ¿Quién osaría decir esto? Pero ¿quién osaría contradecir al Espíritu de Dios? ¿No es acaso hablando en el Espíritu como el Profeta dice: “Con el santo tú eres santo, y perverso con el perverso”<sup>91</sup>? Y el Profeta dice: *¡Cuán bueno es Dios para Israel!* y añade: *para aquellos que tienen el corazón recto*<sup>92</sup> indicando con quiénes es bueno.

El Señor parece duro para aquellos que son duros de corazón. Para aquellos a los que él mismo endurece con juicio recto aunque misterioso. Tal vez parezca destruir lo que antes edificué. Porque, cuando esta exhortación ha querido hablar acerca de la bondad y de la caridad de Dios, he aquí que llevo a exponer su dureza respecto de los malos, dureza provocada por la indignación. Pero por el choque de los contrarios, a veces la verdad se hace más clara. Cuando la Escritura dice: *El Espíritu, de Sabiduría es bondadoso, y no dejará impune los labios del blasfemo*<sup>93</sup>; a fin de que la bondad de Dios no sea utilizada a manera de circunstancia propicia y de aval para pecar, como si no quisiera castigar severamente los pecados, antepone esto: el Espíritu de Sabiduría es Bondadoso, y añade, no dejará impune los labios del blasfemo. Es bondadoso para aquellos que por inclinación a la bondad aman el bien de la comunión. Es bondadoso para aquél que el bien que posee, lo posee para otro; es bondadoso también para aquél que, el bien que no posee, lo ama en el prójimo que lo posee.

Las gracias divididas son reducidas a la comunión, de dos maneras: cuando los dones que se conceden en particular a cada uno son poseídos en común mediante la comunión del amor, y cuando mediante el amor de la comunión, son amados en común. Pues la gracia es común en cierto modo al que la posee y al que no la posee, cuando el que la posee, la posee para el otro, porque la comunica; y quien no la posee, la posee en el otro, porque ama. La comunicación del Espíritu Santo, atrae también a la comunión a las propias necesida-

89. *Jn* 15,16

90. *Sal* 125,7

91. *Sal* 17,29

92. *Sal* 72,1

93. *Sb* 1,6

des y debilidades de cada uno de ellos. Así como la caridad es paciente, así también es compasiva; y el que compadece a quien padece, hace suya la necesidad ajena, de modo que una misma necesidad se hace común a ambos. La necesidad de uno consiste en el sufrimiento del dolor, la del otro en el sentimiento de condolerse.

Si las necesidades de los justos son comunes, es lógico que también lo sean sus consuelos. Quien sabe por el sentimiento de la caridad llorar con los que lloran, sabe también alegrarse con los que se alegran. ¡Oh, cuánto aburríabá el Apóstol en sentimientos de amor, y en entrañas de caridad cuando decía: *¿Quién desfallece que no desfallezca yo? ¿Quién se escandaliza que yo no me abraze?*<sup>94</sup>. Y lo que él hace, eso aconseja que se haga al decir: *Lleved las cargas los unos de los otros*<sup>95</sup>; y no se contradice cuando añade: *Cada uno llevará su propia carga*<sup>96</sup>. Pues se debe entender esto convenientemente respecto de la carga del pecado. Sólo el pecado no es admitido a la comunión de la caridad.

Todo lo que hacemos de bueno, aprovecha en común, aunque todo el bien no sea igualmente poseído por los que aman en común. Nosotros esperamos ayudarnos recíprocamente ante Dios con mutuas oraciones y méritos mutuos; y con los méritos y las oraciones de los santos a los que amamos y de los cuales deseamos ser amados, poseemos una gran confianza ante Dios de conseguir el perdón de los pecados y de merecer la gloria; principalmente si recordando sus méritos y contemplando su fe, su caridad, su piedad, su paciencia, nos llenamos de un celo santo, amamos, si nos sentimos provocados a emularlos, si nos inflamamos en el deseo de imitar sus virtudes.

Si alguien debiera ser juzgado acerca de sus propios méritos, sin que los méritos ajenos pudiesen favorecer mediante la comunión de la caridad, ¿quién podría soportar el peso del juicio divino? ¿Porque nuestras iniquidades son muchas y grandes, y el Profeta dice: *Si llevas cuenta de las iniquidades, Señor, Señor, ¿quién podrá resistir?*<sup>97</sup>. Y nuestras buenas obras son insuficientes, y todas nuestras justicias son como un trapo sucio<sup>98</sup>. Y, como está escrito: *Los padecimientos del tiempo presente no son comparables con la gloria futura que se revelará en nosotros*<sup>99</sup>.

¿Desesperaremos entonces? ¡Dios no lo quiera, en absoluto, Dios no lo quiera! Porque *Dios es caridad*<sup>100</sup>. ¡Oh, Dios caridad, *sufro violencia, responde por mí!* *¿Qué diré, o qué me responderá?*<sup>101</sup>. O Si tengo edad<sup>102</sup> —és más,

94. *II Co* 11,2995. *Ga* 6,296. *Ga* 6,597. *Sal* 129,398. *Is* 64,599. *Rm* 8,18100. *I Jn* 4,16101. *Is* 38,14-15102. *Jn* 9,21

porque la tengo— de modo que deba hablar en mi propio nombre, con la boca declararé lo que creo de corazón. Creo, Señor, en el Espíritu Santo, la Santa Iglesia Católica, la comunión de los santos. Aquí está mi esperanza, aquí mi confianza, aquí mi osadía, aquí mi tranquilidad, por pequeñía que sea, en la confesión de mi fe; en la bondad del Espíritu Santo, en la unidad de la Iglesia católica, en la comunión de los santos. Si me fuera dado de lo alto amarte y amar a mi prójimo, aunque mis méritos sean mezquinos y poco numerosos, yo tengo una esperanza más amplia por encima de mis méritos, confío que por la comunión de la caridad, los méritos de los santos me han de aprovechar, de modo que la comunión de los santos pueda suplir mi insuficiencia e imperfección. El Profeta me consuela al decir: *He visto el límite de todo lo perfecto, tu mandato es vasto en exceso*<sup>103</sup>.

¡Oh vasta y dilatadora caridad, *cuán grande es tu casa e ingente el lugar de tu dominio!*<sup>104</sup>. No nos angustiemos en nuestro interior, no nos estrechemos dentro de los confines y del límite por pequeño que sea de nuestra justicia. La caridad dilata nuestra esperanza hasta la comunión de los santos, en comunión de méritos y de recompensas. Pero la comunión de las recompensas es para el tiempo futuro, es decir, la comunión de la gloria que se revelará en nosotros.

Así pues hay tres comuniones: la comunión de la naturaleza —a la cual se le anexan la comunión de la culpa y la comunión de la cólera; otra, la de la gracia, y una tercera, la de la gloria. Ciertamente por la comunión de la gracia comienza a ser reparada la comunión de la naturaleza, y es excluida la comunión de la culpa; pero por la comunión de la gloria, la comunión de la naturaleza será reparada perfectísimamente y será excluida en absoluto la comunión de la cólera, cuando Dios enjugue toda lágrima de los ojos de los santos<sup>105</sup>, y entonces habrá como un solo corazón y una sola alma en todos los santos; todas las cosas les serán comunes, cuando *Dios sea todo en todo*<sup>106</sup>.

Para que lleguemos todos en común a esta comunión, y nos reunamos en una sola asamblea, que la gracia de nuestro Señor Jesucristo, y la caridad de Dios, y la comunicación del Espíritu Santo estén siempre con todos nosotros: Amén<sup>107</sup>.

---

103. *Sal* 118,96

106. *I Co* 15,28

104. *Ba* 3,24

107. *II Co* 13,13

105. *Ap* 21,4